

LA IGLESIA FRANCESA FRENTE A LA  
INCOMPRESION CAPITALISTA

18

Por Manuel de IRUJO

El 16 de Abril, el Soberano Pontífice habló al Seminario francés de Roma, con ocasión de celebrar éste su centenario. El Santo Padre tuvo palabras de afecto y gran cordialidad para aquel Instituto, del que han salido los Cardenales y Prelados que rijen hoy la Iglesia de Francia.

Diez días después, el 26 de Abril, dirigiéndose a los obreros italianos dedicados al cultivo del tabaco en la diócesis de Fidenza, el Vicario de Cristo pedía un mundo de más caridad cristiana, de más justicia social, de mayor equidad en el reparto de los beneficios inherentes al trabajo y a la producción.

La preocupación de la Iglesia sobre los problemas sociales, se observa con mayor claridad en la información abierta el año pasado a instancia de los Cardenales y Arzobispos de Francia, dirigida por el Arzobispo de Burdeos, y que ha tenido lugar en todas las diócesis francesas. Monseñor Rohaud, Arzobispo de Burdeos y Presidente de la Comisión Episcopal de Obras de Caridad e Instituciones Sociales, ha anticipado algunas de las conclusiones del trabajo realizado, que las revistas religiosas y los diarios franceses han comenzado a hacer públicas.

Han sido tenidas en cuenta las circunstancias principales de la vida de la clase trabajadora: las condiciones del trabajo, los medios de subsistencia, el problema de la habitación, la higiene, los entretenimientos de todo género, la situación de la mujer, la deservión de los trabajadores agrícolas de los campos y su hacinamiento en las ciudades, etcétera, etcétera.

El mismo estudio previo se hace de los medios patronales, en relación con el trabajo. Los medios burgueses y patronales de Francia,

dice la nota publicada, están animados por un cierto deseo de defender la libertad humana, evitando las amenazas de estatismo y de comunismo. Pero sigue siendo el negocio, el provecho, el gran motor de sus actividades. Se apraia la existencia del fenómeno de tirantez patronal en todas las memorias parciales de los Obispos. El hecho se explica por la falta de capitales de entretenimiento que se escusa como regla general, lo que hace que los patronos vivan sujetos a una amenaza constante de dificultades económicas. Esas contingencias hacen que los patronos cuiden poco del hombre como factor humano. Endurecidos ellos mismos en la lucha económica, soportan mal las reivindicaciones obreras, incluso aquellas que son legítimas.

Hay, por ello, entre los patronos una cierta inconsciencia de la desproporción que se perpetúa entre su nivel de vida y el de sus obreros. El goce del confort en que viven los patronos y la posesión de una fortuna, les impide apreciar los problemas del trabajo con lucidez. El ascetismo evangélico y la generosidad cristiana viven ausentes, con frecuencia, en casa de los patronos. La doctrina social de la Iglesia apenas es conocida entre ellos. La idea de la profesión-servicio social, ha ganado pocos adeptos; y, aun en las profesiones liberales, aquella idea se encuentra en baja y pierde terreno.

Lo pierde, asimismo, la noción del justo precio. Los márgenes de beneficio tienden a amplificarse, sin más límite que su posibilidad. La evolución de las empresas hacia una participación de los obreros en la gestión y en los beneficios industriales, es casi inexistente, sobre todo en la industria privada. No puede hablarse de patronos de cartel, ciertamente; pero las incomprensiones de la clase patronal se refugian en las dos ideas de defensa de la libertad y defensa de la autoridad.

En el mundo de los salarios, reina un clima de lucha de cla-

ses. No se trata de una doctrina política, sino de una realidad social. Tienen a la vista el hecho de que, entre patronos y obreros, existe una oposición de interés derivada de la estructura del régimen capitalista; y saben que, siempre, para mejorar la condición de los trabajadores, éstos deben recurrir a la fuerza. Este es el clima de psicología colectiva en que vive el trabajo, y de ese clima participan las organizaciones de inspiración cristiana.

La situación del mundo asalariado no permite hacerse otras ilusiones. Puede ofrecer un trampolín a cualquier violencia social el día de mañana. Casi todos los trabajadores viven persuadidos de que son víctimas de una injusticia organizada. Aprecian que en la distribución de los beneficios provenientes de su trabajo, se les priva de una parte <sup>de</sup> ~~de~~ los mismos, que les corresponde. Los salarios que reciben, comprendiendo seguridad social y asistencia familiar, son inferiores, en poder adquisitivo, a los que disfrutaban antes de la guerra, siendo así que la renta nacional ha aumentado. Los obreros no están lejos de pensar que ellos tienen algunos derechos sobre las empresas para las que trabajan, pero que la sociedad actual no quiere reconocérselos.

Es preciso confesar que la insatisfacción obrera no es tan sólo un problema de salario. Es más profundamente humano. Entraña un aspecto espiritual. La conciencia que tienen de las posibilidades humanas que se les niegan, ha creado aquella insatisfacción y alienta un deseo impaciente de reforma en la estructura social.

El mundo obrero cree más en la reforma de las estructuras que en la reforma de las costumbres. La confianza de los trabajadores en el socialismo, no ha cambiado. Las aspiraciones más ardientes se asientan sobre el deseo de una revolución violenta, mejor que sobre una revolución consentida.

A la vista de tal grado de tensión social en la que vive

Francia, la Memoria comienza por inculpar a una parte del clero su poca preocupación por los problemas sociales candentes. Demasiados sacerdotes viven sin procurarse otra formación social que la de su periódico, bien sea porque les falten los medios de adquirirla, o porque prefieren una vulgarización tendenciosa a un trabajo personal. Es preciso -dice-, realizar un esfuerzo de formación. Este esfuerzo deben hacerlo clérigos y laicos, sobre todo los primeros, obligados al mismo por su ministerio sacerdotal.

El documento episcopal del que transcribimos los párrafos que acabamos de leer, entraña una importancia extraordinaria y acredita la categoría intelectual, moral y social del alto clero francés.

Apena el ánimo el considerar la diferencia entre los Obispos franceses y los españoles. Lo decimos con todo respeto, pero sin que el respeto amengüe la cruel realidad. Los primeros, en la vanguardia de las preocupaciones morales y sociales, canalizan las inquietudes de la vida cristiana y de la vida nacional de su país. Los segundos, trocados en altos dignatarios del Estado franquista, demandan, por los labios y la pluma del Arzobispo de Valencia, cincuenta años de régimen de opresión, mientras el pueblo se muere de hambre, de miseria y de ignominia. Los primeros son, ante todo, cristianos. Los segundos arrastran una significación feudal. ¡Con qué infinita tristeza nos vemos obligados a reconocerlo así!

Están retratados en la solemne ceremonia de Javier, cuando el Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez, cerró las fiestas en nombre del General Franco, enmarcado entre Prelados, afirmando que ellos -el catolicismo oficial español-, forman la Iglesia castrense, la de la cruzada, la que se halla en los mismos linderos de la inquisición, mientras que los demás, los franceses entre ellos, principalmente, bordean la herejía. En efecto, el Episcopado francés ha re

corrido todos los centros de trabajo de su país. Los Obispos han visto las amarguras de los desheredados. Han asistido a los obreros en huelga. Han sentido y llorado con ellos. Han nutrido sus cajas de resistencia. Han escuchado a patronos y obreros. Les han visto el alma. Siguen con gran devoción las normas pontificias. La obra realizada es, en el orden social, la más avanzada que haya sido acometida jamás por un ~~mas~~ episcopado.

Mientras tanto, los Prelados españoles, antaño sirvieron a Franco la Pastoral Colectiva, oganío piden cincuenta años de franquismo y aclaman al "Caudillo" mientras éste, en Cartagena, escarnece nuestro sentido cristiano para pedir a Dios, con blasfemia, la eterna condenación de sus enemigos.

x x x

Acaban ustedes de escuchar la lectura del artículo titulado "LA IGLESIA FRANCESA FRENTE A LA INCOMPRESION CAPITALISTA", enviado por nuestro colaborador Manuel de IRUJO.

-----